

—Os perdono con todo mi corazon, me contestó, aun cuando nuestro encuentro me condujera á la guillotina. Hasta mañana.

—¿Cómo decís hasta mañana?...

Me volví á la ciudadana Ferney.

—¿Podremos vernos mañana?

—A las horas de paseo.

—Entonces digo como vos, ciudadano Santerre: hasta mañana. Salió. Tomé mi taza de leche y me puse á escribirte todo lo que antecede.

En este momento dan las dos de la madrugada en la casa de Ayuntamiento. No puedes figurarte la tranquilidad que experimento al pensar que mañana ó pasado descansaré en la tumba.

XXI.

El manuscrito.

(Continuacion.)

Cárcel de la Fuerza 18 de Junio de 1794.

Amigo mio: Creo que he tomado ya idea de lo que es la muerte: he dormido seis horas, y mi sueño ha sido profundo, sin ensueños y libre de todo sentimiento.

Pero, sin embargo, aunque se busque una comparacion, nada puede parecerse á la muerte.

Si la muerte fuera un sueño como el que yo he tenido, nadie, temeria la muerte, así como no se teme al sueño.

Lavoisier ha dicho que el hombre era *gas sólido*; no puede reducirse á más sencilla expresion su personalidad.

El cuchillo cae sobre el cuello y el gas se disuelve.

¿Pero ese gas que constituye al hombre, á qué se reduce cuando se mezcla de nuevo á ese todo infinito, es decir, cuando vuelve á su manantial?

¿Qué era antes de nacer?

Nada; porque antes de nacer era *la nada*.

La muerte es necesaria, tan necesaria como la vida. Sin la muerte, es decir, sin la sucesion de los séres, no habria progreso, no habria civilizacion.

Sucediéndose unos á otros, pueden las generaciones ensanchar los horizontes y el porvenir.

Sin la muerte, se estacionaria el mundo.

¿Pero qué hace la muerte con los muertos?

El abono de las ideas, el pasto de las ciencias.

Verdaderamente es muy triste pensar que es para lo único que sirven nuestros cuerpos despues de convertirse en cadáveres.

¡Abono de la tierra la sublime Carlota Corday! ¡Abono la pobre Lucila! ¡Abono la infeliz jovencita Nicole! ¡Oh! ¡Cuán consolador es el poeta inglés cuando pone en boca del sacerdote que bendice á Ofelia en su lecho fúnebre, las siguientes palabras!

«¡Oh, tú, que de la vida no has podido soportar el peso, virgen, reposa en paz en esa tumba humilde, para que el Señor haga en sus metamorfosis con tu alma un ángel, con tu cuerpo, rosas.»

¡Ay! La ciencia moderna todavía se conforma con que del cuerpo broten rosas, pero no cree se forme del alma un ángel.

Este ángel, ¿en dónde se colocaria?

Interin la ignorancia astronómica ha creido que existia el cielo, los colocaba en el cielo; pero la ciencia moderna ha hecho desaparecer el empireo de los griegos, el firmamento de los indios y el cielo de los cristianos.

Cuando era la tierra el centro del mundo; cuando, segun Talés, flotaba como un navío sobre las aguas; cuando, segun Pindaro, estaba sostenida por columnas de diamante; cuando el sol, segun dice Moisés, daba vueltas en torno de ella; cuando dice Aristóteles que teniamos ocho cielos por encima de nosotros, el de la luna, el del sol, el de Mercurio, el de Vénus, el de Marte, el de Júpiter, el de Saturno, y por último el firmamento, bóveda sólida en donde estaban sembradas las estrellas, se podia situar, aunque fuera en un cielo pagano, á Dios, á los ángeles, á los serafines, á los santos y santas, lo mismo que se apodera el conquistador del reino que ha conquistado.

Que la tierra es despues de la luna el planeta más pequeño; que la tierra camina; que el sol está fijo; que los ocho cielos han desaparecido; que en su lugar solo existe lo infinito...

¡Oh, amigo mio! ¿Por qué me enseñaste esas cosas, árbol de la vida, árbol de la ciencia, árbol de la duda?

.....

Ferney y su mujer me han dicho que no siendo que los agentes de policia hayan ido á denunciarme directamente al tribunal revolucionario, era fácil que me dejaran olvidada aquí sin formarme causa.

Seria tener desgracia.

Estoy tan cansada de la vida, más desierta, más silenciosa, más muda para mí que la muerte, que todos los medios me parecen buenos para librarme de ella.

He encontrado uno.

Puesto que no se acuerdan de formarme causa, me pasaré sin ella.

Aquí hay dos recreos por dia.

Los presos pueden tomar parte en los dos.

Paseo en el patio y veo salir á los sentenciados para la plaza de la Revolucion.

Cuando haya una *hornada*, bajaremos Santerre y yo para ver marchar á los condenados: tendré las manos atadas á la espalda y los cabellos sujetos por detrás.

Me deslizaré entre los sentenciados y subiré á la carreta: entonces no habrá más remedio, á ménos que la guillotina me deseché.

Solo que necesito persuadir á Santerre: esa es la dificultad.

Verdaderamente ese cervecero es un hombre de bien á carta cabal. Cuando le dije que eras tú á quien amaba, cuando añadí que habian cazado á los dos últimos girondinos en las grutas de San Emilion, cuando además le indiqué que uno de esos mártires serias tú tal vez, recordó que tambien lo habia oido decir.

Entonces le dije que solo podia confiarme á él; que solo á él podia pedirle el favor de ayudarme, y dejó correr sus lágrimas, pero consintió.

Mañana hay una ejecucion; se anuncian tres carretas, lo que hará unas diez y ocho personas.

¡Una más, una ménos, no llamará la atencion!

Te he dicho todo cuanto tenia que decir, amado mio; voy á procurar dormirme, y como el caballero de Canolle, ensayarme.

19 Junio.

¡He pasado una noche excelente, amado mio! Dios quiera que sea tan dulce la primera que me aguarda. He soñado contigo, con nuestra casita de Argenton, con el jardin, con el pabellon, con el árbol de la vida, con el manantial; en fin, he visto en sueño todo nuestro pasado.

¿Será la avanzada de la eternidad, Señor? Si es así, gracias mil os sean dadas.

La hora de llegar las carretas se acerca, y no quiero que me esperen.

Adios, amado mio, adios, ahora será el último: voy á ver el espectáculo sobre la escena, no en el teatro.

Jamás, amado mio, me he sentido tan serena y tan gozosa; te lo repito por la vez postrera.

Si has muerto, voy á reunirme contigo; si vives, te aguardaré... ¡Oh! pero la nada... la nada...

Las carretas llegan: entran en el patio; adios.

Santerre viene á buscarme.

Ya voy...

¡Te amo! ¡Te amo!—*Tu Eva en la vida y en la muerte.*

XXII.

Manuscrito.

(Continuacion.)

Vuelvo á tomar la pluma: la guillotina me ha rechazado: ¡estoy maldita!

Esperaba estar á la hora en que escribo estas líneas descansando de la vida en brazos del Señor, ó por lo ménos en el seno de la tierra.

¿Me veré obligada á suicidarme?

Te escribo á la casualidad; tengo la conviccion de que has muerto, mi amado Jacobo; he procurado saber el nombre de los cuatro girondinos muertos en Burdeos en el patíbulo, ó destrozados por los perros en las grutas de San Emilion.

Imposible es averiguar su nombre: los periódicos hablan de su muerte, nada más.

En fin, tal vez vives, y sin duda por eso no ha permitido Dios que muera.

Todo sucedió como esperaba, excepto el desenlace, que ha sido muy inesperado.

Me habia vestido de blanco; ¿no iba á reunirme contigo, mi amado prometido?

Al llegar al patio encontré á los sentenciados que subian á las carretas, y á Santerre, que me aguardaba.

Otra vez volvió á suplicarme que renunciara á mi proyecto y que no insistiera en condenarme á la muerte.

Insistí sonriendo y rogándole me ayudara.

No puedo explicarte la serenidad que sentía en mi interior: parecía que corría por mis venas un fluido celeste.

El día estaba hermosísimo: era uno de esos apacibles días del mes de Junio, en cuyas tardes ¡cuántas veces escuchábamos bajo el emparrado, estrechándonos las manos en nuestro paraíso perdido, cantar al ruiseñor entre las copas de los árboles!

Santerre, obedeciéndome, me ató las manos.

Un rosal cargado de rosas sube por la pared del patio: figúrate en qué sitio crecen los rosales; tal vez regados con sangre.

Las flores del rosal estaban rojas.

—Cortad un capullo y dádmele, le dije á Santerre.

Cortó el capullo y me lo puso entre los dientes.

Me incliné suavemente hácia él y me besó en la frente.

Figúrate, amado mio, la última heredera de los Charelet recibiendo por último adios en la tierra el beso del cervicero del arrabal de San Antonio.

Subí en la última carreta: nadie puso dificultad. Es tan extraño ver á los hombres buscando la muerte, que no podían creer que yo no estaba sentenciada.

Había treinta condenados en la carreta; conmigo treinta y uno.

Inútilmente busqué entre mis compañeros una fisonomía que me fuera simpática: no encontré ninguna.

La guillotina cada día era más insaciable, y los aristócratas disminuían.

La penúltima ejecución, la de la señora de San Amaranto, había podido difícilmente ostentar, de cincuenta y cuatro guillotinos, veinticinco nobles.

La última *hornada*, que era de treinta y cuatro, no tenía más nobles que un hijo natural del señor de Sillery, y el infeliz diputado Osselin, condenado por haber ocultado á una mujer que amaba; pero ese era un patriota y no un aristócrata.

Mis compañeros eran treinta condenados á presidio; ladrones cerrajeros, para los que no hay puerta segura, cuyo solo mérito era la cadena, y que, á falta de otra cosa mejor, levantaban hasta el patíbulo.

¡Pobre guillotina! Había comido primero el pan blanco.

Creía que los gendarmes me harían bajar, tan grande era el contraste entre mis compañeros y yo; pero las carretas emprendieron la marcha: dirigí una postrera mirada de gratitud á Santerre y partimos.

El pueblo que nos cercaba y cubría nuestro trayecto se admiraba tanto como los gendarmes al verme con tales compañeros, tanto más, cuanto que, no teniendo la carreta más que seis asientos, y siendo yo la sétima, permanecía de pié.

Mi presencia excitaba rumores; pero rumores de piedad y conmiseración.

El pueblo empezaba á cansarse de ver convertidas las plazas públicas en matadero.

Escuchaba las voces de la multitud, que decían:

—¡Ved qué hermosa es!

Y otras exclamaban:

—Apuesto que no tiene diez y seis años.

Un hombre gritó:

—Creí que desde la San Amaranto se había acabado con las mujeres.

Y los murmullos crecían y se mezclaban con los insultos que dirigían á los otros sentenciados.

En la esquina de la calle de la Ferronniere, la multitud era más compacta y más grandes las muestras de simpatía.

Es extraño; la proximidad de la muerte presta á los sentidos una agudeza extraordinaria. Oía todo y veía todo lo que se hacía y decía.

Una mujer gritó:

—Es una santa, y la guillotinan para que rescate á los bandidos que la acompañan.

—Mirad, añadió una jóven, lleva una flor en la boca.

—Es una rosa que le habrá dado su amante al separarse de ella, y quiere morir con esa rosa.

—Es una maldad matar niñas de esa edad; ¿qué delito puede haber cometido?

Aquel concierto de piedad que se elevaba en favor mio me causaba un efecto singular; me hacia superior á mis compañeros materialmente, y precediéndome, parecia abrirme las puertas del cielo.

Un hermoso jóven de 20 años se abrió paso por entre la multitud, llegó á la primera fila y puso la mano sobre la carreta.

—Amadme, me dijo, y arriesgaré mi vida por salvaros.

Sacudí suavemente la cabeza y levanté los ojos al cielo sonriéndome.

—Subid á la gloria, me dijo.

Los gendarmes, que le vieron acercarse y hablarme, quisieron detenerle; pero él se defendió, y ayudado por la multitud, desapareció entre esta.

Me encontraba en un estado tan dichoso como nunca habia experimentado, no siendo apoyada sobre tu corazon. Me parecia que cuanto más adelantaba hácia la plaza de la Revolucion, más me acercaba á tí.

Mirando continuamente al cielo, me parecia que se habia formado una especie de aureola, á través de la cual veia á Dios en toda su temible y sublime majestad.

Parecíame que, además de los rumores de la tierra, empezaba á ver y oír cosas que solo á mí me era dable oír y entenderlas.

Escuchaba una armonía celeste, veia séres luminosos, transparentes, que se deslizaban por el firmamento.

En la esquina de la calle de San Martin y de la de los Lombardos me sacó de mi éxtasis el estorbo de algunos carruajes que impedían el tránsito.

Era un chirrion que venia de la Roqueta, ó de San Lázaro, ó de Bicetre, y que conducia al otro lado del Sena unos doce presos.

El comité de salvacion pública habia tenido buena mano, porque eran aristócratas.

Cuatro gendarmes escoltaban á los presos, y al chocar nuestra carreta con el chirrion fué cuando descendí á la realidad. Entre los presos iba una mujer jóven, de mi edad, poco más ó ménos, morena, con ojos negros; una verdadera y espléndida belleza.

Nuestras miradas se cruzaron, y por un flúido simpático, nuestras almas se comprendieron. Me tendió los brazos; los míos estaban atados... mis lábios envolvieron el capullo de rosa, y lo lancé con toda la fuerza que me fué posible. Cayó en su regazo. Lo tomó y se lo llevó á los lábios.

El chirrion y la carreta se desengancharon y continuaron su camino; la última para la plaza de la Revolucion, la primera hácia el puente de Nuestra Señora.

Este episodio del viaje hizo descender mi espíritu desde las sublimes alturas á donde le habia trasportado la contemplacion, hasta las realidades terrenales.

Contemplé á mis desgraciados compañeros.

Solo encontré en torno mio el amor á la vida y el terror de la muerte impreso en todos los semblantes.

Aquellos desgraciados, sin virtudes, sin conciencia, sin remordimiento, no teniendo ni aun la fé política que sostenia entonces á los sentenciados, no encontraban apoyo ni en la tierra ni en el cielo.

No se atrevian á levantar la cabeza ni á mirar en torno suyo: de vez en cuando se preguntaban unos á otros con voz sorda y para saber cuántos minutos les quedaban de vida:

—¿En dónde estamos?

Esperando consolarlos, les dije:

—En el camino del cielo, hermanos míos.

Pero uno de ellos me contestó brutalmente:

—No preguntamos eso, sino si falta mucho para llegar.

—Estamos en la calle de San Honorato, le respondí.

Despues, un poco más lejos, contesté á otras dos preguntas:

—Barrera de los Sargentos.—Palacio Igualdad.

Y ellos contestaban con rechinamientos de dientes y con blasfemias, en las que por casualidad se mezclaba el nombre de Dios.

La carreta llegó delante de la tienda de la esposa de Condorcet. Procuré verla por última vez; pero todo estaba cerrado, el piso bajo y el principal.

—Adios, mi hermana en el duelo, dije al pasar. Voy á llevar

noticias tuyas al hombre de talento que te amó á la vez como padre y como esposo.

Uno de mis compañeros me oyó, y deslizándose á mis piés, me dijo:

—¿Tú crees en la otra vida?

—Si no creo, por lo ménos espero.

—Y yo ni creo ni espero, añadió.

Y se sacudió la cabeza convulsivamente contra el asiento que ocupaba un momento antes.

—¿Qué haces, desgraciado? le pregunté.

—Hago la prueba de saber por el dolor si vivo todavía; ¿y tú?

—La muerte me hará ver con el reposo que he cesado de vivir.

Otro levantó la cabeza y me miró con ojos extraviados é irritados.

—¿Sabes lo que es la muerte? me preguntó.

—No; pero dentro de un momento lo sabré.

—¿Qué crimen has cometido para morir con nosotros?

—Ninguno.

—Y sin embargo, vas á morir.

Y despues, como si la blasfemia pudiera llegar y herir al creador de todo lo que existe, dijo:

—¡No hay Dios, no hay Dios, no hay Dios!

¡Pobre humanidad, que cree hay un Dios individual, y que en su orgullo piensa que ese Dios se ocupa de lo más pequeño desde su nacimiento hasta su muerte!

Cree que para satisfacer un capricho ó para evitarse un sufrimiento le ruega... que cambie con un milagro el orden general de la naturaleza.

—A falta de la justicia divina, dijo uno de los condenados, hay la humana: yo he robado, he roto ventanas, forzado puertas, cajas de dinero, escalado tapias; he merecido el presidio, pero no la guillotina. Que me envíen á Rochefort, á Brest, á Tolon, estaban en su derecho; pero no tienen el de matarme.

—Mira, le dije, grita, dile eso á Robespierre; pasamos delante de la puerta de su casa, tal vez te oirá.

El presidiario lanzó un gemido sordo, y poniéndose de pié, gritó:

—¡Tigre de Arrás! ¿Qué haces con las cabezas que cortan para tí y con la sangre que derraman en tu nombre?

Un concierto de maldiciones se elevó de todas las carretas, mezclado con los gritos de la multitud, que pronunciaban el nombre de Robespierre.

Empezaba á despopularizarse.

—Te doy gracias, rey del terror, exclamé; me reunes con lo que amo.

La explosion pasó, y los condenados recayeron en su entorpecimiento; en las carretas reinó el mayor silencio.

Además, solo una tercera parte de aquellos hombres tuvieron la fuerza de levantarse y de gritar.

El que se golpeó la cabeza contra el banco y que habia permanecido de rodillas, me dijo:

—¿Sabes oraciones?

—No; pero sé rezar.

—Pues entonces reza por nosotros.

—¿Qué quereis que le pida á Dios?

—Lo que tú quieras; mejor sabes que nadie lo que nos hace falta.

Recordé á las vírgenes del circo que consolaban á los moribundos antes de que tuvieran la dicha de ser mártires.

Levanté los ojos al cielo.

—De rodillas, dijo el presidiario, de rodillas, que va á rezar por nosotros.

Los seis condenados se arrodillaron; los de las otras carretas, que no podían oírlos, rodaban como reses que llevan al matadero.

—Dios mio, exclamé, si existís de otro modo que como inmensidad impalpable, como poder invisible, como manifestacion de la sublime obra de la naturaleza; si, como nos enseña la Iglesia, mirais nuestros dolores y escuchais nuestras súplicas; si estais en un mundo superior, reservad la recompensa de las virtudes y el castigo de los crímenes; dignaos recordar, al ver estos hombres á

vuestros piés, que la justicia humana ha usurpado vuestros derechos, y que castigados en más que sus crímenes en la tierra, no pueden además ser castigados en ese reino desconocido que busca la ciencia y que los libros santos llaman cielo.

Que descansen allí por la eternidad con el mérito de su expiación y en la gloria infinita de vuestra justicia misericordiosa.

—¡Amen! murmuraron dos ó tres voces.

—Pero si, por el contrario, continué, la puerta por donde todos vamos á entrar es la nada; si de repente caemos en las tinieblas, en la insensibilidad, en la muerte; si no hay nada más allá de la vida, como no lo hay antes de ella, entonces, amigos míos, demos de todos modos gracias á Dios, porque la ausencia del sentimiento evita el dolor, y dormiremos entonces durante la eternidad con ese reposo sin ensueño, del que el cansancio de un día agitado nos ha dado ya la muestra en este mundo.

—¡Oh! no, exclamaron los presidiarios; que nos castigue Dios más bien con sufrimientos eternos que con la nada eterna.

—¡Señor! ¡Señor! exclamé; os suplican desde el precipicio; escuchadles, Señor; escuchad nuestras plegarias y acogednos en vuestra misericordia.

XXIII.

Manuscrito.

(Continuacion.)

Caminamos un momento en silencio. Despues, de repente corrió entre la multitud y se comunicó á los condenados un estremecimiento convulsivo.

Las carretas pasaban por la puerta de San Honorato, y aunque estuvieran sentados de espaldas y no pudieran ver todavía la guillotina, adivinaron que estaban enfrente de ella.

A mí me sucedió lo contrario: tuve un impulso de alegría; me puse de puntillas y vi que la guillotina descollaba por encima de todos y que sus brazos rojos se elevaban hasta el cielo.

Yo casi preferia la nada, que tanto temian los desgraciados, á la duda en que vivia hacia dos años.

—Ya hemos llegado, ¿no es eso? me preguntó con voz sombría un presidiario.

—Dentro de cinco minutos estaremos.

—Seremos de los últimos, porque estamos en la última carreta, añadió otro de aquellos infelices como si hablara consigo mismo. Somos treinta, uno por minuto; hace media hora, que es lo que nos queda de vida.

La multitud continuaba insultándoles á ellos y compadeciéndose de mí. Tanta era la gente, que los gendarmes no podian abrir paso á las carretas.

Fué preciso que, ya en la plaza de la Revolucion, Henriot, que estaba al lado del cadalso, saliese con el sable en la mano, y en